

... sobre la noche, lanzándose por el contra-
rio, en el fortísimo mar del capicillo indivi-
dual, á merced de todo viento de tanta
ala de pasión.

Con esto, el joven volvió á fúesele como
si travesara alas en los pies, con la mente le-
vantada y abstracción al suceso, que no
se acordó de comprar, como solía, algu-
nos gorriónes, á fin de que se figurasen
que había cazado. Sus hermanas, que
aguardábanle siempre con afecto, ansiosas
de jugar en el jardín, y de ir á la casa
del doctor, en su silla, el día de su pa-
rencia.

El joven, que sólo entonces volvió á
sí, se preguntó: ¿Qué puede ocultar un hijo al ojo inves-
tigador de una madre amorosa? Mistress
Needle leía en la frente del suyo, y adivi-
naba sus pensamientos, contando casi los
movimientos del corazón. Disgustábale mu-
cho su obstinación en esconderse en su
cuarto todo el tiempo que no invertía en
la caza, y encontrarle de continuo encor-
vado sobre su pupitre, con algún libro de
Julia en una parte, con una multitud de
papeles escritos de su puño en otra, con la
pluma en la mano, y con el rostro encen-
dido. Por añadidura, John, sorprendido
entre sus especulaciones, levantaba los ojos

XXXVII.

ANSIEDAD MATERNA.

en presencia de su madre, con la faz atóni-
ta, vacilando en sus respuestas, y hacien-
do comprender que le dolía la interrup-
ción.

Así razonaba la experta señora:—¿Có-
mo es que John pasa de un extremo á otro
en un instante? Un día vida holgazana por
montes y valles: al siguiente, vida de ermi-
taño que no sale de su celda. Toda una
jornada tirando á los pajaritos; pero por
la noche un curso de filosofía y de religión.
¿Cómo es que, no bien tropieza con Julia,
suscita debate sobre algún artículo de fe...?
Yo sabré de todas maneras lo que aquí se
oculta... ¡mañana! ¡mañana mismo!

Al día siguiente habíase alejado John,
como de costumbre. Entró la señora en su
cuarto, resuelta completamente á encon-
trar los manuscritos de su primogénito, á
leerlo todo, y á descubrir el arcano. Mas
John, contra lo que antes hiciera, había
puesto en orden su estudio y metido dili-
gentemente los apuntes en un cajón, lleván-
dose la llavecita. Forzar la cerradura era
descubrir las sospechas maternas y po-
ner demasiado á prueba la ira terrible de
su hijo. Tuvo que desistir de su propósi-
to.—A lo menos sabré, díjose así propia,
qué hay en esta caza... No acabo de

creer... ¡John desobediente! ¡Pasará los días con sir Roberto Smith! Volverá de allí mareado con las teorías sobre que discurre por la noche con Julia...; apostaría ciento contra uno: no puede ser otra cosa.—Hace venir al cocinero, y con aquella autoridad que la distinguía, si era necesario, le dice:—Quiero saber una cosa, sin subterfugios.

—Mandad, señora.

—¿Te parece si han sido muertos ó no recientemente los pájaros que trae el señor John?

—Según los días, respondió el criado.

—¿Y la becada de la otra noche?

—Era un hermoso pájaro que debió comprar muerto: según mi nariz, tres días ántes.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Creí que lo advertirían en la mesa: y luego... perdonadme, señora, no me atrevía yo á decir que caza el señor John en el Mercado viejo.

—Esta noche, añadió la madre, déjame ver, antes de desplumarlo, lo que traiga.—

Por casualidad, aquella noche llevó en el zurrón una liebre fresquesísima. Mistres Needle, dudando mas que nunca de aque-

lla habilidad del cazador novicio, le hizo un cumplimento agri-dulce, y terminó preguntándole:—Dime; ¿cuánto has satisfecho por ella?

John, no cuidándose de ocultar la cosa, respondió:—A los cazadores no se les dirijen ciertas preguntas: básteos saber que la he adquirido manando sangre aún.

—Así contestó la madre, podemos vivir seguros de que la salvajina no nos faltará en mucho tiempo.—No dijo nada más. Tenía la confesión de lo que le importaba sobre todo, aumentando su sospecha de que pasaba todo el día platicando con Smith. Aprovechó la coyuntura de que antes de comer tomaba John un poco el aire con Julia y con sus hermanas en el jardín, dirigiéndose callandito á su cámara. El ánsia maternal sugirióle un medio de fiscalizar: examinó atentamente, á la luz de una bujía, los dos cañones de la escopeta; no descubrió en las bocas indicio de haber disparado; la llave y toda la máquina de la culata decían claramente, con su brillo hermoso, que no se había inutilizado un sólo pistón en la chimenea. Pasó más adelante: contó pacientemente, los pistones que había en la cápsula, completamente llena, y tomó la medida, contando cuántas

cargas de pólvora contenía el frasco.—Mañana sabré, dijo, si han disparado, y cuantas veces. Ya el corazón le aseguraba como indudable que John hasta entonces no había empuñado el arma, y que, por desventura grande, aquella manía de cazar era un pretexto para encubrir sus sesiones en casa de Smith.

Al día siguiente, al entrar Julia en su estancia, encontróla triste y pensativa. Deliraba la pobre madre por los extravíos de su amado primogénito; y con los ojos llorosos por el fresco llanto.—Es menester, exclamó dirigiéndose á su excelente amiga, que también dejemos cuanto antes este lugar delicioso.—

Repuso Julia maravillada:—¿Por qué, si es lícito saberlo?

—Está demasiado próximo á Florencia.—

No necesitó Julia más palabras para traslucir todo el pensamiento de su señora: sin embargo, haciendo ver que no comprendía de ningún modo á donde á parar iba la frase, respondió.—¿Por ventura no es un bien hallarnos cerca? Además, cuando esteis aburrída, tenemos á Parque ver-

—Lo digo yo también; mas es preciso

diferir la marcha veinte días cuando menos. Tú no piensas que sigue lleno el país de nieve y de hielo.

—¿Y entonces?

—No queda más recurso, añadió la Needle, que pasar algún tiempo en Toscana ó en Nápoles. No me importa gastar cien ó doscientas esterlinas; el dinero no me detiene: es preciso salir de los alrededores de Florencia. ¡Oh! ¡Si hubiésemos aceptado aquella casa de campo que nos ofreció la condesa Giacinti en el Casentino! ¡Y la rechacé yo para complacer á sir Roberto Smith! ¡Para gozar de su conversación! Para no separarme de él permanecí en Florencia! ¡Y es ahora la ruina de mi John!

—Si mal no recuerdo, dijo la joven, aquella posesión os pareció demasiado angosta y distante de la ciudad.

—Debí recurrir á una excusa honrosa y cortés para no aceptar, por haber llegado casi á darle palabra. Ahora la casa pareceríame cómoda, comodísima; aunque más lejana estuviese de Florencia, me parecería muy á propósito: quisiera yo estar á cien leguas de la casa de Smith.

—No considerais que la quinta está perdida en medio del campo, y que el lugar

próximo es un pueblecito de mil quinientas almas únicamente.

Quisiera, respondió la Needle, que se hallára en el desierto y sin caminos: á lo ménos así estaría por algún tiempo sosegada.

—Oid, señora mia, dijo entonces Julia; si tanto ansiáis pasar algunos días en aquel desierto, no juzgo imposible promover nuevamente las negociaciones. Con dinero se logra todo. Si no os desplace pagar un trimestre de....

—Pagaré un año, si es preciso. Con tal de sacar á John de aquí súbitamente, nada me importan las esterlinas: trátase de la fe del hijo mio.

—¿Quereis volverlo á intentar?

—No tendría valor para presentarme, después de haber roto el trato, hallándonos á punto de terminarle.

—Es mal de nada: mandadme, é iré yo en vuestro nombre.

—¿Tendrias valor? preguntó la señora, maravillada.

—Yo sí, respondió Julia: ¿qué dificultad, cuando la cosa es honesta y os place? Después de lo que pasó, ha venido la condesa varias veces á visitaros: es dama buena y cortés; un día que fuí á verla se deshizo

en cumplimientos. Creo que, cogiéndola con oportunidad, y exponiendo con algún calor vuestras ansias, lo arreglaré yo en media hora.

—Todo lo encuentras fácil: eres joven.

—¿Pero qué se pierde probándolo?

—Haz lo que te parezca, repuso la señora. Si lo consigues, te querré más aún..., si esto es posible.—

Julia llamó á Kelerina para que se dispusiera pronto á ir con ella. Una hora después, desde las alturas de Fiésole, descendían las dos en Santo Domingo, donde hallaron el ómnibus para Florencia. Mientras el conductor asordaba el país con su cuerno de salida, llegaba corriendo y jadeante un campesino, despachado por mistress Needle para Julia, con un pedacito de papel en la mano, que decía: "Si te queda tiempo, saluda cortésmente á sir Roberto Smith. No quiero que nos crea irritados. Hazle los cumplimientos que puedas en mi nombre.—Tuya, Ana." Complació sobremanera el cargo á la joven, que había formado muy buena opinión de aquel protestante digno: además, dudando mucho de su curación, deseaba vivamente decirle algo que llegase á su alma. Juzgábase hombre de conciencia, pero muy afe-

irado á sus errores (si bien bastante des-
prendido de ellos por sus estudios y por
su ingenio perspicaz; lo creía sumamente
peligroso para John, á cuyos ojos arranca-
ría, en su sentir, una venda, para sustituirla
con otra más espesa.

Por desgracia, la condesa Giacinti, que
ofreciera su villa del Casentino cuando
mistress Needle buscaba una, poco después
de llegar á Florencia, había cambiado en-
teramente de opinión, y oyó mal la pro-
puesta de Julia. Abiertamente dijo que no
tenía deseos de alquilar su posesión por
pocas semanas.

Pero ¿por qué? insistía Julia, muy de-
seosa de contentar á la iglesia: ¿existe, por
ventura, un obstáculo que no se pueda des-
vanecer? Sino la puede alquilar por cuatro
semanas, se tomará por tres meses.

—Para concluir, dijo la condesa, aho-
ra no me conviene, ni le conviene á ella.
No á mí, por que quiero gozar la villa por
causa de la misión que se dará en el pue-
blo; no á ella porque... siendo protestan-
te... ya comprendéis... se maravillan de to-
do... interpretan las cosas al revés... No
quisiera suscitar habladurías en el país.

Julia permaneció un rato pensativa, di-
ciendo después abierta y blandamente:—

Condesa, lo que me decís aumenta mis de-
seos de la posesión, doliéndome mucho
de que no se pueda ultimar el trato sin
molestia para vos. En mi sentir, ya no es
un asunto de interés, sino de cortesía y de
amor cristiano.

—No comprendo, repuso la condesa.

—Oid: vuestra villa tiene más atractivo
á mis ojos, precisamente por la circunstan-
cia de las misiones: éstas podrían produ-
cir acaso una saludable impresión en el al-
ma de la señora Needle.

—¿En una protestante?

—¿Qué? dijo la joven: ¿imagináis, por
ventura, que pertenece al número de aque-
llas infelices que llenas de ignorancia y al-
tanería, sólo se saben admirar á sí mismas
y sus propias preocupaciones? Todo lo con-
trario: la señora Needle tiene templado el
espíritu por una exquisita educación, cono-
ciendo en su virtud y apreciando á mara-
villa lo hermoso, donde quiera que brilla.
Es el corazón más sensible y afectuoso de
cuantos he conocido. Es además, matrona
integérrima y madre de familia modelo, ha-
llando más inclinada á la piedad de lo que
se puede creer en una protestante. Por
añadidura, su hijo, que dentro de poco se-
rá mayor de edad, pasa el día meditando

la Escritura, y está enteramente sumergido en estudios religiosos. El corazón me dice que, para la una como para el otro, puede despertar excelentes reflexiones la coyuntura de asistir á una misión católica. ¡Resplandece tanto la verdad y hay tal exuberancia de vida católica en una visión vista de cerca! Por ninguna cosa del mundo, si pudiese arreglarse sin extorsión, quisiera privar yo del espectáculo á tan noble familia. Pensadlo bien, condesa; y si cualquier ángel bueno os sugiriese la manera de conciliarlo todo, tendríais el mérito de haber contribuido á echar una excelente semilla en aquellas almas tan dignas de lástima. Antes de buscar otra villa, esperaremos vuestra decisión.—

Al oír estas palabras la condesa Giacinti, que era pía, como lo son casi todas las damas de Florencia, se sintió conmovida en lo delicado del corazón. En consecuencia, mudando de actitud, preguntó—¿Estais persuadida verdaderamente de que esta familia protestante puede sacar ventaja de una misión católica?

—No lo dudo, respondió Julia.

—Pues bien; hagámosle así: decid á mistress Needle que no puedo dejar de ir á la

villa, por causa de las solemnidades religiosas que . . .

—Quisiera omitir esto, dijo Julia interrumpiéndola.

—Según os plazca, repuso la Condesa. Decidle, pues, que mis asuntos me fuerzan á ir á la villa en el mes actual precisamente, y que consentimiento no le puedo ahora ofrecer todas las habitaciones; pero que si acepta mi hospitalidad (ya no se alquilan en Florencia las villas por semanas), me juzgaré altamente honrada con poner á su disposición todo el piso superior. Encontrará escalera separada, cocina, ocho alcobas con todo lo necesario, jardín libre á todas horas, y mi salón principal, del que nos podemos servir en común. Si necesitan algún otro cuarto, se hallará en mi piso, por ser nosotros solamente cuatro personas: yo, mi hija con su esposo, y su niño.

Obtenia Julia de una vez mucho más de lo que aguardaba, y respondió:—Demasiado, demasiado me confundís con vuestra bondad. Intentais ciertamente algo más que poner de realce vuestra cortesía. Dios, que vé vuestras intenciones, las recompense. En el ínterin, os tributo las gracias más sinceras en nombre de la señora de Needle

y de su familia; yo no puedo expresar con palabras la gratitud. . . .

—¡Oh! ¿Qué ganais en ello?

—¿Yo? Todo. Os confieso que lo que á mistress Needle contenta, me contenta dos veces más á mí, me trata como amiga, y aún como hija. ¿Qué quereis? Tengo un poco de corazón: mayormente si juzgo que una cosa puede aprovechar á su alma, me parece una fiesta de bodas. Ahora bien, decidme, condesa: ¿cuándo podremos servirnos de vuestros favores?

—Mañana mismo: á cualquiera hora, sereis bien recibidos. Hoy vendrá uno de mis criados, y daré por él orden á la casera para que tenga el piso en disposición de recibir á mi amiga.

—¿Tardareis mucho en volver á la villa?

—No puedo decíroslo por ahora, respondió la condesa; más no dude mistress Needle de que será recibida con el mayor agrado, ni de que gozará plenísima libertad, aún en mi ausencia.

Con esto se despidió Julia, renovando una y muchas veces las gracias más afectuosas por poder decir á la Needle que aceptado había el partido definitivamente. Espera con esto que podia desvanecer cual-

quiera vacilación que acaso nacería de su espíritu, por repugnar á su delicadeza admitir una oferta tan generoso. Le parecia que pasaban mil años antes de volver á Fiésole á llevar la buena noticia, y comenzaba casi á dolerse de tener que visitar antes á Smith. Dirigióse, con todo, á su casa, con el intento de permanecer en ella poquísimo rato.